

EL VUELO SERENO

Y OTROS CUENTOS

ÓSCAR SÁNCHEZ-MONCAYO

ANA LÓPEZ CENIZO

ANA MARÍA PEÑA MARTÍNEZ

ALMUDENA GARCÍA ESCOLANO

IGNASI CORELLA

BELI LÓPEZ MARTÍNEZ

MARTA ARROYO



EDITORIAL
**ESPACIO
PARA CONTAR**
espacioparacontar.com

BIBLIOTECA
DE CUENTOS
MARAVILLOSOS

EL VUELO SERENO

Y OTROS CUENTOS

ÓSCAR SÁNCHEZ-MONCAYO
ANA LÓPEZ CENIZO
ANA MARÍA PEÑA MARTÍNEZ
ALMUDENA GARCÍA ESCOLANO
IGNASI CORELLA
BELI LÓPEZ MARTÍNEZ
MARTA ARROYO

EDICIÓN DE JUAN PEDRO ROMERA

EDITORIAL ESPACIO PARA CONTAR
2023

Edición: Juan Pedro Romera
Diseño de la colección: Daniel Caballero

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Todos los derechos reservados

Título original: *El vuelo sereno y otros cuentos*

© De los textos: sus autores

© De la presente edición:

Editorial Espacio para Contar, 2023

C/ Carril de los Juanes, 12
30012 Murcia (España)

Teléfono: +34 649 09 08 11

info@espacioparacontar.com
www.espacioparacontar.com

ISBN: 978-84-126443-5-7
Depósito legal: MU 1077-2023
Impreso en España/Printed in Spain

PRÓLOGO	9
EL VUELO SERENO ÓSCAR SÁNCHEZ-MONCAYO	11
SIETE, OCHO, NUEVE... HORA DE MARCHARSE ANA LÓPEZ CENIZO	19
LA EXPLORADORA WALDORIN Y EL INICIO DEL NUEVO MUNDO ANA MARÍA PEÑA MARTÍNEZ	27
MILAGRO ALMUDENA GARCÍA ESCOLANO	45
¡FUEGO! IGNASI CORELLA	55
SURCANDO EL CIELO BELI LÓPEZ MARTÍNEZ	63
ROSA Y AMARILLO MARTA ARROYO	73
«AHORA TE TOCA A TI»	79
«ÉRASE TU VEZ»	81

Para Aurora, in memoriam

PRÓLOGO

Hay muchas formas de introducirse en un cuento; hay muchas formas también de señalar los caminos a seguir a lo largo de nuestra vida, unos los elegimos conscientes de lo que hacemos, otros nos eligen. Un cuento es un camino abierto a infinitos procesos, puede decirnos cómo vivir y hasta cómo morir. En este libro encontrarás cuentos apasionantes, historias que narran la vida interior de quien lo ha escrito pero, ojo, que las claves que susurran solo las entiende nuestro inconsciente, están hechos desde el asombro, desde la admiración al secreto, desde la valentía que da el enfrentarse a monstruos y dragones y salir victorioso. Digamos de paso que esos monstruos y dragones nos acechan en cualquier rincón de la vida y hemos decidido dibujarlos con esa facha, dientes largos y mirada fiera. Cuando leas estos cuentos puede que resuene en tu interior alguno de sus rugidos, no te preocupes, que luego son vencidos y así te ofrecen la posibilidad de redimir el dolor que hayas podido sentir. O disfrutar del espacio de felicidad que también llevan.

Los días 21, 22 y 23 de julio se realizó el curso «Érase tu vez» en Can Benet Vives, cerca de Barcelona. Participaron en él Almudena García Escolano, Ana López Cenizo, Ana María Peña, Avelina López, Ignasi Corella, Marta Arroyo, Óscar Sánchez-Moncayo y dos personas más. Ellos son los autores y autoras de este libro con el que podrás disfrutar del poder de la imaginación y sus maravillosos efectos terapéuticos.

Desde aquí queremos agradecer el exquisito cuidado que han tenido en Can Benet Vives al organizar este curso, lo que permitió que se desarrollara en las mejores condiciones posibles.

*A los cruces de caminos,
a las sendas del alma.*

EL VUELO SERENO

ÓSCAR SÁNCHEZ-MONCAYO

Érase una vez, una linda, bella y esbelta mariposa llamada Serena que volaba por una florida meseta del sur de Europa. Exploraba nuevos paisajes, lugares de los que hablar, historias que recordar en la vuelta a casa.

Decidió no ponerse límites, no era momento para ello. había estado en las rutinas del ecosistema, lejos de los prados que ahora visitaba.

Durante el vuelo, mientras observaba la variedad de flores, amapolas, violetas o espinosos cardos que compensaban el paisaje le vino a la cabeza aquella frase tan repetida por el gran rey de las orugas:

—A ti, no sabría cómo definirte. Mensaje ambiguo que no supo cómo gestionar en su época de vuelos bajos en la zona cercana a la villa. Ahora, en pleno recorrido hacia nuevas aventuras, tenía decidido encontrar aquello que la gran oruga no supo definir. Al recordar aquellas palabras el vuelo se hacía más pesado, más plomizo.

Cuando exploras espacios desconocidos es importante caminar con prudencia. Serena decidió aterrizar, recogió sus alas y fortaleció las patas para caminar sobre la tierra húmeda de la extensa pradera. Agotada por el vuelo y asentada en el sendero, decidió parar y pensar el siguiente recorrido.

A Serena le encanta volar entre magnolias y pensamientos, no tanto pasear entre ramajes y caminos secos, sin poder vislumbrar el horizonte. Al atardecer cuando el sol comienza su despedida, Serena despistada y aturdida, se asentó sobre una hoja de girasol, allí en la inmensidad de la pradera, se preguntó: ¿Hacia dónde vas Serena?

En el otro lado de la pradera, un robusto y rígido escarabajo recorría el camino habitual del atardecer. En su ímpetu por hacer las cosas bien, de actuar como se espera de su fuerza y tesón, seguía recogiendo aquello que encontraba y que podría ser útil, o no, para el futuro. Su historia viene de varias generaciones, familia de escarabajos trabajadores, saneadores y guardianes de la tierra. Su propósito estaba claro en su exterior, siempre se había hecho así. También en su interior, no conocía otro, es lo que había aprendido de pequeño.

En ocasiones, gracias a la insaciabilidad de su esfuerzo, decidía llevar más peso del que le correspondía. Acumulaba pelotas de escombros y retales que triplicaban su peso. La maltrecha espalda daba avisos intermitentes. Algo no iba bien y se paró debajo de un canto rodado, mezcla de tonos grisáceos y ocres, arrastrado hasta allí por algún capricho de la naturaleza.

Rendido, decidió echarse una siesta, antes de continuar con las tareas del día para seguir con las de la noche. Al cerrar los ojos se preguntó: ¿Y ya está? ¿Esto es todo? ¿Caminar y caminar?

En los campos de verano, con los primeros rayos del sol, las abejas se lanzan a las flores con la confianza de un león hambriento, sin medir los riesgos, sin miedo al fracaso. Bailan de una flor a otra, recogiendo la esencia que ofrecen a la luz del sol veraniego.

Su sistema ayuda porque confían en los mensajes y en las danzas de sus compañeras que bailan para comunicar a sus hermanas dónde está el manjar, dónde encontrar el fruto. Y van, sin preguntar, son las reinas de la intuición. Dadas a volar, visitan el corazón

de cada flor para llevarse con ellas la esencia y transformarlo en un producto dulce, nutritivo y sanador.

—¡¡Así cualquiera!! Quién fuera abejita para ser feliz sin remedio. ¡Tienen las mejores profesoras, van a las universidades de más prestigio! Siempre lo tienen claro. ¡Sin ellas se viene el mundo abajo!! ¡Sin illis si vini il mindi ibiji! —se queja Pezuñas dando vueltas a su robusto pensamiento, mientras gira una y otra vez la pelota del día.

—¡Hola! —saluda una bella voz a la espalda del escarabajo—. ¡Me llamo Serena y estoy un poco perdida! ¿Podría decirme dónde estamos exactamente?

Pezuñas en tono gruñón y sin dejar de mirar su pelota, le contesta:

—¿Hacia dónde vas guapa?

—La verdad no lo sé, no tengo un rumbo claro —dice Serena.

—Entonces, ¡qué más dará donde estés! Sigue recto o para arriba o quédate aquí —contesta Pezuñas mientras se aleja, arrastrando una pesada bola de pelos secos y hierba mustia.

—¡¡Muchas gracias pelotudo, has sido muy clarito!! —dice Serena. Pezuñas contesta frunciendo el ceño ¡¡Grrrr...!!

—¿Si quieres puedo ayudarte? —insiste Serena con sincera e ingenua generosidad.

Pezuñas, ahora sí, se para, gira su cuerpo y levanta la mirada. Al observar a Serena se queda paralizado por los colores, formas y figuras de sus alas. La imagen es tan espectacular que al escarabajo se le bloquea la garganta. No puede hablar y para arrancar las primeras palabras, carraspea tres veces.

Pezuñas finalmente consigue preguntar:

—¿Y tú, a qué te dedicas?

Serena, aturdida por la pregunta directa de su nuevo compañero pelotero, le responde.

—Exploro campos, visualizo paisajes, pruebo nuevos manjares,

conozco a multitud de especies extrañas y me cruzo con algún que otro gruñón. Termina Serena. Pasados 3 segundos de silencio, Pezuñas le contesta:

—¿Y podrías ayudarme con eso?

—¿Con los paisajes, con la pelota de pelos, con los vuelos?
—responde Serena.

—No, no, con lo de estar perdido —termina Pezuñas.

Es de noche y la tormenta es inminente, Pezuñas buen conocedor del terreno tiene claro donde refugiarse. Hay una pequeña cueva entre dos rocas, un poco más adelante. La bola de retales es muy pesada y retrasa la marcha hacia el refugio.

Serena le mira preocupada, ella no puede permitirse una tormenta, el agua acabaría con sus alas.

—¡Pezuñas, tengo miedo! ¡Si cae la tormenta con ella acabarán mis días! ¿Podríamos ir más rápido? ¡Déjame que lleve tus retales! —le pide Serena.

—¡Cómo vas a llevar mi equipaje! ¿Entiendes que eso suena absurdo?

Un relámpago resuena en el cielo y caen las primeras gotas.

—Esta bola es mi vida, gracias a ella me levanto cada mañana para seguir caminando.

—Lo comprendo Pezuñas, pero nuestros caminos se separan aquí. No puedo ser arrastrada, por lo que no puedes dejar ir.

La lluvia es más intensa, Serena vuela en busca de un lugar más seguro desapareciendo entre el viento y los relámpagos.

Pezuñas pierde de vista a Serena y se agarra a la pelota de pajas secas para soportar la fuerza del viento, ahora más salvaje y revuelto. Un remolino gira su caparazón contra la pelota de equipaje sobrante, se queda atrapado dentro de ella girando sin control, siente que le falta aire mientras gira una y otra vez, atrapado entre pedazos de pelos, hierbas, retales y plumas viejas. Rendido al viento huracanado y girando cada metro con más intensidad, se desmaya en la mitad de la tormenta.

Con los primeros rayos del sol, suena el cantar de los pardales, alondras y golondrinas en la meseta del sur de Europa.

Pezuñas despierta dolorido y encajado entre dos piedras asentadas en la tierra. Le duele la cabeza, el esternón y la espalda, es un dolor diferente. Se azota el polvo y la tierra pegada en su cascote. Siente cada golpe en su maltrecho cuerpo como si tocara un xilófono un niño de dos años. Aun con dolores, la espalda parece aliviada. No queda rastro de la bola.

Dirige su mirada al cielo, el peso está ahora en la cabeza.

—¿Cómo le habrá ido a Serena? ¿Estará bien?

Perdido como nunca hubiera imaginado, decide quedarse allí sentado, sintiendo la pérdida de Serena, el vacío de su caminar.

—¡¡Hoy voy a hacer, nada!!

La abeja Púrpura es conocida en la Asociación de Abejas Interinas como la más perspicaz, inquieta y hábil de su gremio. Todos confían en su próxima graduación. Parece que será la funcionaria más joven del reino. Los rumores hablan que en el futuro estará a la derecha de la Reina Madre. Es la primera en salir y la última en llegar, como anoche cuando regresó a la colmena con menos néctar del habitual por una mariposa desconocida a quien rescató del vendaval.

Serena, maltrecha por el agua y el viento, descansaba en la mini-habitación de Púrpura. Esa mañana despertó desorientada.

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?

Al momento Púrpura pendiente de ella contesta:

—En la Estación Sur de Campos de Trigo, colmena número 7, me llamo Púrpura, Abeja Interina y ahora mismo, esperando a tu recuperación para incorporarme a los vuelos de verano.

—Perdona Púrpura, entiendo que cada segundo es tiempo perdido para tus quehaceres.

Se disculpa Serena.

—No hay espacios vacíos bella bailarina, he disfrutado y aprendido mucho de cuidarte.

—Venía con un amigo, Pezuñas ¿Sabes algo de él?

—¿Quién es Pezuñas, a qué dedica su tiempo?

—Mi amigo Pezuñas, es escarabajo pelotero.

—¿Conoces a Pezuñas? El limpiador incansable de la zona 7. Sin él, la meseta no sería la misma —contesta la abeja con entusiasmo.

—Confío mucho en él, en cuanto te recuperes te ayudo a encontrarlo.

Púrpura y Pezuñas preparan una comida de despedida a Serena. Se marcha a la mañana siguiente para explorar nuevos caminos, descubrir olores de otros pastos, dejando su huella allá por donde va. Vuelve a casa por una ruta diferente. Quiere contar a los suyos, en el ecosistema que la vio crecer, todas sus aventuras, descansar y seguir explorando. Tiene decidido aprender de cada nuevo recorrido, asumiendo los riesgos, para luego compartirlo. Quiere vivir varias vidas por los que deciden vivir sólo una.

Púrpura se pidió el día libre, aun con la agenda ajetreada, se dio permiso para encontrarse con sus nuevos amigos. Tiene claro que su trabajo ayuda a que el mundo sea un poquito mejor. Ama su tarea. Hoy toca compartir tiempo con personas importantes para ella.

Pezuñas ha cambiado de ruta, ha pedido una excedencia, dejando la zona 7 para crear un nuevo servicio de limpieza a domicilio. Aporta cercanía, fiabilidad y solvencia. Cada día es un nuevo recorrido, donde su talento está al servicio de la meseta sur.

No tiene la certeza de saber si el camino elegido será el definitivo, si en cambio, reconoce dentro de su alma, ahora sí, el coraje para reconstruir su vida.

Si fuera necesario.

SIETE, OCHO, NUEVE... HORA DE MARCHARSE

ANA LÓPEZ CENIZO

Lentamente abrió los ojos y miró a su alrededor entornando la mirada. Una extraña neblina lo inundaba todo, dificultando su visión y su comprensión de lo que pasaba. Volvió a cerrar los ojos y a abrirlos lentamente de nuevo. No en vano acababa de despertar y se preguntaba si esa extraña sensación sería fruto del sueño y el cansancio acumulado. La neblina seguía ahí. Volvió a cerrar los ojos, ahora con más fuerza, y los abrió repetidamente intentando espabilarlos. No podía dar crédito a lo que le sucedía. Estaba en blanco. No sentía miedo. Alguna explicación debía tener. Ver como a través de un velo, desvelar, revelar... Su imaginación empezó a abstraerse, a sustraerse del momento presente para ensimismarse, como tan a menudo le sucedía.

Una ráfaga de aire la sacudió y la despertó ligeramente de su encantamiento. Al tiempo que su mirada permanecía aún entre tinieblas su oído se agudizaba y los pequeños ruidos a su alrededor adquirían un especial protagonismo, destacándose unos de otros con gran nitidez, amplificados, resonantes, superpuestos, cual extraña sinfonía en la que cada uno ocupaba su lugar en medio del todo. Permaneció así unos minutos, escuchando con atención en la quietud de esa tarde de verano en la que sus ojos misteriosamente se nublaron.

De nuevo, una ráfaga de aire la extrajo suavemente de su ensoñación. Como alentándola a seguir prestando atención. Un soplo de vida y de frescor, un aleteo, aliento, alimento... Saltaba de una a otra analogía, como intentando encontrar la palabra justa, la respuesta adecuada que le señalara el camino. Una y otra vez la misma sensación de estar atrapada en un ciclo interminable de pensamientos envolventes, abstractos, poéticos y metafóricos, sí, quizás, pero sin solución de continuidad. Una vaga espiral de nubes y estrellas, de luces y sombras... No podía más. Atascada, maniatada...

Y de repente, esa tenue niebla blanca que la envolvía, con sus sonidos susurrantes e imprecisos, empezó a ensombrecerse, a densificarse, a coger cuerpo, a materializarse. Y de entre las sombras empezó a vislumbrar y a sentir la inquietud de sentirse observada por una presencia. Algo o alguien se acercaba. Sentía sus pasos aproximándose. Y un aliento cálido, vivo, a su alrededor. Unas luces emergieron en la oscuridad, palpitando. Una mirada parpadeante y tranquila, felina, se destacaba ya con claridad ante ella. Se trataba de una pantera negra de ojos verdes, que la contemplaba en silencio, sin apenas moverse, acompañándola en ese momento de ensoñación. Algo o alguien empezó a susurrar y pudo entender lo que decía: «recupera tu poder, recupera tu poder, recupera tu poder...». Varias voces a coro repetían la misma frase. Una suerte de mantra, de fórmula mágica, que adquiriría mayor significado a medida que las voces se sumaban y aumentaba el volumen y la velocidad a la que entonaban el encantamiento. Cada vez más fuerte, la frase resonaba ahora cual un himno coreado por una multitud de espíritus afines. No sentía una amenaza sino un apremio vigorizante que la instaba a despertar, a pasar a la acción.

La pantera se movió como instándola a seguirla y, animada por las voces, se levantó y se dispuso a seguirla allí donde quisiera llevarla. El camino seguía en sombras, como una negra noche en la que sin embargo se distinguían los pálidos reflejos de la luna y

la mirada deslumbrante de la pantera, que alumbraba sus pasos iluminando el sendero. Caminaron por el bosque durante horas. La pantera iba delante y avanzaba tranquila, como si conociera bien el camino. Ella la seguía confiada, arropada por el susurro de voces, y su mirada, aun en la oscuridad de la noche, distinguía con claridad las sombras de los árboles, las piedras en el camino y las nubes en el cielo. La extraña neblina que había enturbiado su mirada de repente había desaparecido y parecía que en el silencio de esa noche encantada ella también reconocía el camino y sus ojos adquirían la agudeza de la visión felina: entornada y atenta, apoyada en sus sensaciones auditivas y corporales. Toda ella empezaba a moverse como la pantera, a quien empezaba a reconocer como a una igual, una presencia benefactora y amiga, serena y fuerte a la vez, determinada en sus pasos, vibrante de vida.

La marcha se hizo poco a poco más rápida. El camino era largo y no debían demorarse. Su destino aún estaba lejos pero cada paso que daban las acercaba a su final, a su hogar. ¿En qué momento se había encontrado perdida y sola en la oscuridad del bosque? Era algo que no podía recordar, pero poco importaba ahora. Se descubrió disfrutando de esa travesía nocturna en compañía de la pantera y las voces susurrantes y reconoció la familiaridad de lo que estaba sucediendo. Algo en ella le recordaba que no era la primera vez que la pantera y las voces venían a su encuentro en mitad de la noche. Y algo también le recordó en ese momento que debía mantenerse atenta. No estaban solas.

Una extraña quietud las envolvió en ese instante y un viento helado les erizó la piel. La pantera se detuvo y agudizando sus orejas empezó a crecer, a hacerse más y más grande y voluminosa. Un estremecimiento la recorría desde las entrañas al intuir ante ellas una presencia amenazante. Al tiempo que la pantera crecía y crecía, ella se encogía y achicaba. Paralizada por un miedo visceral y antiguo, sentía el impulso de desaparecer una vez más, de hacerse

invisible, de desmaterializarse en átomos. Pero las voces a su alrededor se lo impedían, gritando ahora con todas sus fuerzas: «¡RECUPERA TU PODER, RECUPERA TU PODER!» mientras la pantera, engrandecida ante ella, la protegía cual escudo. Sólo entonces empezó a sentir que el temblor que la recorría y le alteraba la respiración le ayudaba a ella también a erguirse y a crecer como la pantera, a mirar de frente al peligro que las acechaba y a sentir la fuerza de las presencias que la acompañaban.

Un estruendo resonó en el bosque y la tierra empezó a temblar bajo sus pies, a resquebrajarse y a abrirse. El viento resopló con furia y los truenos presagiaron una temible tormenta. Ante ellas emergió una presencia temible y peligrosa, con su cohorte de acólitos siniestros y malvados, y una amenazante pregunta retumbó en sus oídos: «¿A DÓNDE OS CREÉIS QUE VAIS, MISERABLES!?, ¿QUIÉNES OS CREÉIS QUE SOIS PARA ATRAVESAR MI BOSQUE SIN MI PERMISO!?!». Las carcajadas de las hordas maléficas resonaban histéricas, desquiciadas. Sus voces ensordecedoras no acallaron sin embargo al poderoso coro recuperado, que ahora cantaba confiado e imperturbable. La pantera, erguida y majestuosa, siguió avanzando, atravesando el sendero resquebrajado bajo la lluvia, que intensa, caía ahora entre truenos y relámpagos de asombrosa magnitud. Y ella no pudo más que seguirla, empujada por una fuerza invisible y desconocida, al tiempo que el cálido aliento del coro de voces seguía entonando la misma santa melodía, una y otra vez. Y así, sin cesar, siguieron avanzando al tiempo que las siniestras voces iban quedando atrás, gritando a ciegas, sin percibir que el grupo continuaba impertérrito su marcha. El rumor siguió y siguió resonando a lo lejos, pretendiendo amedrentarlas e incitarlas a la respuesta, a la lucha. Pero el grupo no sucumbió y siguió cantando y avanzando.

El tiempo pareció interminable y sin embargo la noche fue cediendo al alba, las sombras a las luces y el sendero del bosque

desembocó en un puente de madera que se elevaba en ligera pendiente ascendente hacia un horizonte más y más luminoso, en el que los colores inundaban el cielo, cambiándolo a cada instante. Y entonces supo que ella era la pantera, que ella era esa suma de voces encantadoras y que había llegado la hora de marcharse.

25 - 44 - 45

A mi hija Mariona.

LA EXPLORADORA WALDORIN Y EL INICIO DEL NUEVO MUNDO

ANA MARÍA PEÑA MARTÍNEZ

I

Erase una vez un planeta muy lejano, a cientos de miles de kilómetros de la Tierra. Era un mundo parecido al que conocemos: con sus montañas, sus corrientes de agua, las cuatro estaciones y una gran variedad de animales de todos los colores y tamaños imaginables. Había allí flores, viento y también todo aquello que hasta hoy ha conocido el hombre.

Sin embargo, aquel era un lugar donde ocurrían hechos maravillosos, nunca relatados en ningún libro, escuchados por nadie y mucho menos experimentados por ningún ser vivo. La historia de ese cosmos extraordinario tiene un principio, antes del cual se cree que tan solo era un pedazo de roca inerte. Es la llegada de Lady Walloled lo que da inicio a esta historia y al Nuevo Mundo.

Lady Walloled era, efectivamente, una dama. Esto lo supimos mucho después, pues a su llegada se apareció como una anciana harapienta y exhausta. Venía de un largo viaje alrededor de todo el universo buscando un hogar donde descansar y pasar los últimos años de su vida. Llegó montada en un águila enorme y un gran cofre dorado como toda pertenencia. Suponemos que la singularidad de aquel lugar, su magia única, la convenció de que sería el mejor hogar para pasar sus últimos días.

Cuando el ave aterrizó al lado del río estaba apenas amaneciendo.

Nadie acudió a recibirla, pues nadie allí se encontraba como testigo. La abuela bajó con cierta dificultad de la montura, con los huesos entumecidos del largo viaje. Miró a su alrededor y vio unas rocas grises y un paisaje árido y desolado. Estaba todo por hacer, un lienzo en blanco para colorear.

Lady Walloled rebuscó algo bajo su delantal roído y del bolsillo de su falda extrajo una gran llave que encajó en la cerradura del cofre. Lo abrió y sacó de él un bebedero lleno de agua que ofreció a su servil y fiel rapaz. Se supo después que el animal contaba con al menos cien millones de años.

—Águila, compañera de viaje, recupérate y calma tu sed —le acercó el vaso—. Después, si eres tan amable, ¿podrías sobrevolar todo el cauce, de inicio a fin, y traer cuantas piedras consideres que necesitamos para construir una humilde cabaña para pasar la noche? Yo ya no estoy para estos trotes —dijo la vieja.

—Por supuesto, milady, tendremos lista la choza antes de la puesta de sol.

—Recuerda elegir aquellas piedras que necesitamos, no más. Este lugar necesita recibir, no que saqueemos lo poco que hay, aunque sean piedras.

El majestuoso fénix emprendió el vuelo y pronto se perdió de vista.

Mientras tanto, Lady Walloled fue extrayendo de su cofre una serie de cachivaches deslustrados, pero aparentemente todos con su razón de ser y utilidad. La vejezuela los dispuso meticulosamente sobre el suelo siguiendo un orden que parecía conocer bien. Lustró varios boles de cobre, sacudió el polvo a unas telas sedosas y acomodó unos botecillos de cristal de mayor a menor tamaño. Cada botellita contenía un líquido brillante de diferentes colores. Los agitó y los destapó uno a uno comprobando su olor. Una sonrisa pícara apareció en su cara, muestra de que el viaje no había estropeado aquellas pócimas que la anciana manipulaba con muchísimo cuidado y delicadeza.

Dos horas después se había formado allí un auténtico laboratorio que, a nuestros ojos, se hubiera asemejado a un mercadillo de antigüedades y artilugios variopintos. En el centro dispuso una simple olla y un cucharón de madera. De vez en cuando la centenaria levantaba la cabeza, se quedaba escuchando y confirmaba que no había nada más que piedras y agua. Aunque cabe mencionar que el río lo había depositado el águila a su llegada, pues era parte del equipaje de Lady Walloled.

De ahí que, con el agua fresca de aquel torrente nuevo y virgen que ella había traído del más allá, empezó a cocinar. De cada frasco obtenía diferentes condimentos: polvos de rosas amarillas, colas de lagartija, goterones de lluvia, colmillos de rinoceronte, tuétanos, arcillas de purpurina, brasas, trozos de hielo, perfume de lavanda y alas de abeja. Estuvo removiendo y aderezando la mezcla hasta que el pájaro volvió cargado con un montón de piedras. Aunque las rocas amontonadas formaban una montaña tres veces mayor que Lady Walloled, como por arte de magia las fue introduciendo en la olla una a una, a la vez que, a unos treinta pasos de allí, se iba formando una pared, como si unos picapedreros invisibles trabajaran a gran velocidad. En unos minutos había aparecido una casita de piedra, muy sencilla, pero con todo lo necesario para pasar la noche.

El sol empezaba a esconderse y la vieja, cojeando, se metió en la casa y le indicó al águila:

—Cuida que no se apague la lumbre y ve removiendo el contenido de la olla. Disfruta del silencio de la noche, pues es el último silencio puro y absoluto que se habrá escuchado aquí. Cuando amanezca todo empezará a ocurrir, la vida empezará a surgir y ya no habrá reposo ni silencio, salvo en nuestro recuerdo.

Así fue como transcurrió la noche y justo cuando el primer rayo de luz iluminó la fachada de la casa, salió por la puerta una niña.

II

No había ni rastro del ave, ni del arsenal de artilugios ni, al parecer, de la propia Lady Walloled.

La chiquilla se dirigió a la orilla del río y llenó una regadera con agua fresca, y se dirigió a la parte trasera de la casa donde estaba cultivando un pequeño huerto de flores exóticas y perfumadas. Las regó mientras canturreaba una canción alegre. La jovencita se movía con decisión y se adivinaba que para ella ya era costumbre realizar aquella tarea.

De dentro de la casa se oyó una voz:

—Waldorin, ven a casa. Necesito que me ayudes a preparar la comida para los cien soldados que llegan a mediodía. Estarán hambrientos, Dios sabe cuándo volverán a encontrar un plato caliente sobre la mesa.

Era su madre, una mujer demasiado pequeña para contener tanta energía. Se movía como una ardilla, de aquí para allá. Ella sola hubiera podido preparar cien raciones de jabalí con manzanas asadas y ensalada de espárragos trigueros en una mañana. Waldorin, de rasgos parecidos a su madre, se movía de forma más parsimoniosa, aunque podía adivinarse una fuerza innata similar a la materna.

—Sí, madre —respondió Waldorin—. Terminó con las flores y voy a ayudarte.

—Hija, las flores no van a alimentar a nuestros soldados —insistió la madre.

—No, pero voy a adornar la mesa con unos bonitos centros de rosas, petunias y margaritas que, aunque sé que no van a llenar sus hambrientos estómagos, sí alimentarán sus cinco sentidos y quizá sus corazones.

—Hija, no seas tan ingenua. Los soldados no tienen corazón o, en caso de tenerlo, hace tiempo que se les quedó seco y duro como un peñasco.

En realidad, era la madre de Waldorin quien vivía con su corazón helado y receloso. El padre de la niña las abandonó nada más nacer. Cuando Waldorin fue creciendo y empezó a cantar, su madre empezó a creer que su corazón podía sentir algo de ternura y esperanza. Pero tan absorta estaba siempre con sus tareas que pocas veces se acordaba de ello.

Madre e hija estuvieron toda la mañana cocinando. Despellejaron cincuenta jabalís, contando medio por comensal, los asaron en un gran horno de leña hasta que la carne quedó bien cocida, tierna por dentro y cubierta de una crujiente corteza. Las dos, prácticamente de la misma altura, pelaron quinientas manzanas, las dispusieron en varias bandejas, las cubrieron de miel y también las hornearon.

Entonces, la madre de Waldorin emitió un grito ahogado que la sobresaltó

—¡Hija! No tenemos los espárragos, me olvidé totalmente de ellos, tan preocupada como estaba con los jabalís y las manzanas. Ve corriendo, por favor, a casa del Ra-Jamed y pídele que nos ayude. Sólo él sabe bien que el Rey nos desahuciará si sus soldados no comen espárragos frescos.

—Pero madre, no quiero ir a casa de Ra-Jamed, nunca he estado allí y ese señor me da miedo.

—Ese señor es el más sabio del pueblo y el único que sabe cómo conseguir diez quilos de espárragos antes de mediodía. Llévale un ramo de tus flores. Estoy segura de que no se negará a ayudarnos.

—¿Así que ahora sí que aprecias mis flores? ¿Lo ves? —Y con un gesto orgulloso y decidido Waldorin venció sus miedos por la curiosidad de comprobar el poder de sus flores, más que por la conciencia de que su vida corría serio peligro si no conseguían cocinar los espárragos a tiempo.

Se plantó delante de la casa de Ra-Jamed y se quedó titubeando sin atreverse a llamar. Entonces alguien la inquirió:

—¿Qué haces ahí?

Waldorin pegó un brinco y del susto se le cayó el ramo al suelo.

—Vengo a pedirle un favor a Ra-Jamed, ¿sabes si está en casa?

—Sí, mi padre está en casa, pero no hace favores a las crías.

Tiene otros asuntos más importantes que atender.

Un púber dos o tres años mayor que Waldorin le hablaba con la seguridad de un general del ejército. Se quedó paralizada y sin saber qué hacer. Luego recordó la urgencia en la que se encontraban ella y su madre. No quería vérselas con cien soldados furiosos y menos con el Rey. Su majestad había confiado la alimentación de su ejército a la madre de Waldorin porque sabía que era la única persona capaz de cocinar tal cantidad de comida en tan poco tiempo. Desde que el padre de Waldorin las abandonara, el Rey siempre se había apiadado de aquella pequeña mujer y su hija. Waldorin recordaba haber recibido la visita del Rey en su propia casa en varias ocasiones. Ella era muy pequeña, pero le parecía recordar que el Rey se había quedado a pasar la noche con ellas y a su marcha siempre había visto a su madre triste y con la mirada perdida los días siguientes.

Evocando aquellos recuerdos, Waldorin se armó de valor y le respondió al hijo de Ra-Jamed:

—No hubiera venido a molestar a tu padre si no fuera un asunto de máxima urgencia. Sé que tu padre es tan poderoso que probablemente sea el único capaz de resolver tamaña complicación —se agachó y recogiendo las flores continuó—. Le traigo estas flores que yo misma he cultivado como agradecimiento. En unas horas llegan cien soldados del Rey a comer a mi casa y mi madre y yo hemos olvidado recolectar espárragos para ellos. Tenemos el plato principal y el postre listo, pero el Rey no nos perdonaría que obviáramos la guarnición. Siempre hemos atendido sus peticiones con la máxima precisión y pulcritud. No queríamos fallarle ahora que sus hombres se dirigen a la Gran Batalla del Bosque Perdido.

—¿La Gran Batalla? ¿Llega hoy el regimiento? ¡Lo había olvidado por completo! Debo preparar mi equipaje. Un guerrero debe ser puntual y ponerse al servicio de su Rey.

—¿Eres un guerrero? —preguntó Waldorin.

—Soy Jam Ab Dul, hijo de Ra-Jamed y futuro Ra-Ab Dul. Solo el que tiene el valor de marcharse de casa y ponerse al servicio de su Rey, luchando en las batallas que se precien o resolviendo los más intrincados enigmas, podrá volver para ser designado Ra, que significa Maestro. Cuando mi padre muera, quiero ser digno de heredar su poder y ser Ra-Ab Dul.

Waldorin empezaba a sentirse atraída por aquella mezcla de soberbia y confianza en sí mismo de Jam Ab Dul. En su cuerpo, aunque de niño, empezaban a adivinarse algunas formas del hombre en el que se convertiría. Waldorin se preguntó cómo no se había fijado antes en aquel muchacho.

—Pasa. Avisaré a mi padre de que estás aquí.

Unos minutos después le indicó que entrara al salón donde la esperaba sentado Ra-Jamed, fumando un cigarrillo, descalzo y con el pelo alborotado.

—Toma asiento, Waldorin. Jam Ab Dul me ha explicado el apuro en el que os encontráis tu madre y tú. No es de menor importancia y dado que mi hijo va a partir esta tarde con el batallón, no quisiera que esos hombres se llevaran una mala impresión de nuestro poblado. Ve a casa y cuando llegues encontrarás allí los diez quilos de espárragos ya cocinados. Así tendréis tiempo de preparar estas frambuesas —Ra-Jamed alargó un gran cuenco lleno apetitosos frutos rojos—. Los soldados necesitan saciarse con carne, manzanas y espárragos, pero no pueden afrontar una batalla sin la fe y la piedad que otorgan las frambuesas. Cada fruto y condimento alimenta una parte de nuestro ser. Preparad otra ración para mi hijo, él es también un guerrero y los demás deben verlo como tal, a pesar de su corta edad.

Waldorin volvió corriendo a casa y, efectivamente, encontró a su madre silbando y absorta con los últimos retoques de los espárragos. La mujercilla la miró sonriente y sin decir nada cogió las frambuesas y se dispuso a lavarlas.

Jam Ab Dul llegó a casa de Waldorin antes que los soldados. Apareció montado en un caballo negro, esbelto y salvaje. Con una mano sujetaba las riendas y con la otra estiraba de otro caballo, blanco, más pequeño, pero también hermoso y fuerte. Waldorin salió a recibirles.

—Waldorin, mi padre te envía este caballo —le dijo alargándole las riendas del ejemplar blanco—. Debes partir esta misma tarde conmigo y el ejército. Te acompañaremos hasta el Lago Helado y allí deberás seguir tu viaje sola.

—¿Qué viaje? —preguntó Waldorin confundida.

—Pronto dejarás de ser una niña y debes ir al encuentro de tu juventud, de todas aquellas experiencias que después te guiarán para la búsqueda de tu madurez. El viaje es inevitable y los que intentan ignorarlo o aplazarlo renuncian a explorar con su propio equipaje.

Waldorin se sentía aturdida. ¿Cómo iba a dejar su casa, sus flores y su madre? Había llegado a creer que la mujer no podía quedarse sola, sin su ayuda y su compañía. Aunque, en realidad, también sabía que era capaz de dar de comer a doscientos soldados ella sola. De pronto, una nube de polvo se formó a lo lejos: eran los cien soldados que venían galopando, hambrientos.

Waldorin disponía de un par de horas para preparar su equipaje. Llenó una mochila enorme con semillas de flores, ropa, comida, libros y juguetes. Estaba intentando cargar el bulto en su caballo, cuando apareció su madre.

—Hija, la comida ha sido un éxito. Los hombres se han echado un rato a descansar y duermen satisfechos. Te marchas, y aunque querría detenerte, sé que ha llegado la hora de que inicies tu

propio viaje. Te aconsejo que no cargues tanto equipaje, eso solo cansará antes a tu caballo.

—Madre, no sé cuándo regresaré, necesito todo esto. Tú nunca has salido de aquí y sabes poco de andar por otros paisajes —de pronto se sentía mayor y valiente. Veía a su madre más pequeña de lo habitual y no quiso escuchar sus consejos.

Los soldados, descansados y con fuerzas renovadas, dieron el aviso de salida. Jam Ab Dul hizo un gesto a Waldorin para que se pusiera a su lado y empezaron la marcha. La madre salió corriendo con unas botas rojas en la mano.

—Hija, hija, llévatelas. Las vas a necesitar en el Lago Helado.

—¿Cómo? ¿Has estado allí?

—Claro, hija. Buen viaje.

Una nueva nube de polvo difuminó las siluetas del ejército que se alejaba.

Seis días y siete noches después de su marcha, llegaron al Lago Helado. Durante aquel trayecto Jam Ab Dul y Waldorin habían hecho buenas migas. Habían descubierto la complicidad, la amistad y el florecimiento del enamoramiento. Ella sabía que debía continuar su viaje sola, pero no quería renunciar a la compañía de Jam Ab Dul.

—Esta noche seguiremos nuestro viaje hacia la Batalla del Bosque Perdido —dijo el joven.

—Creía que tú y yo...—respondió Waldorin—. Creía que querías acompañarme.

—Un guerrero debe estar siempre al servicio de su Rey. Hay una gran batalla que librar en el bosque para que podamos seguir construyendo este mundo. Lady Walloled llenó este lugar inerte de vida y dejó su futuro en nuestras manos. Debemos ser fieles a su legado. Yo debo ir a la batalla y tú a todo lo que te depare este viaje. Si somos valientes y no desistimos, nuestros caminos volverán a encontrarse cuando sea el momento. Ve sembrando tus semillas de flores por donde pases y su aroma me guiará hacia tu encuentro.

Jam Ab Dul besó a Waldorin con la pasión de un joven amante y antes de marchar le recordó:

—No olvides ponerte las botas y atarlas fuerte. Solo con ellas podrás cruzar el Lago Helado.

Y así, sin más, emprendió su camino seguido del ejército. En aquellos pocos días, Jam Ab Dul se había ganado la confianza y el respeto de los soldados y de forma natural, sin ponerle más esfuerzo, se había erigido como el líder el grupo. Waldorin divisó el Lago Helado a lo lejos y sin dar demasiado espacio a la duda o al temor, se dirigió hacia él.

III

Pasaron diez años. Hacía mucho tiempo que Waldorin había dejado de ser una muchacha. El Lago Helado resultó ser la primera de las pruebas que tuvo que superar para seguir avanzando. Sus botas rojas tenían ya varios remaches y su caballo blanco había envejecido y cojeaba de una pata. Sin embargo, ambos —las botas y el caballo— parecían dispuestos a acompañarla en muchas más aventuras. Hasta entonces, había recorrido miles de kilómetros; había conocido seres fantásticos y otros terribles; la habían engañado; había hecho buenos amigos; se había bañado desnuda en el mar a la luz de la luna; había escalado montañas para conseguir algo de comer; se había roto varias veces las costillas; se había enamorado trece veces; había suspirado por Jam Ab Dul cientos de amaneceres y había sembrado semillas con la esperanza de que él la encontrara; se había caído en el mismo pozo cinco veces y las cinco veces consiguió salir; había extirpado un tumor a su caballo y le había dado de comer en la boca durante cien noches; había visto la puesta de sol y había agradecido seguir con vida; había maldecido su vida e imaginado otra mejor; había soñado con Lady Walloled, la iniciadora de todo, y su águila fiel; había creído ser ella el pájaro; se había

convencido de que Lady Walloed seguía viva y debía encontrarla; había llorado; había sentido frío, hambre, cansancio; había creído entender el sentido de su viaje y después había decidido dejar de querer comprenderlo; había imaginado un final feliz, como en los cuentos; había decidido no tener prisa por conocer el final.

Recordando aquellos últimos diez años de su vida se encontraba Waldorin aquella mañana. Miraba a través de la ventana de su casita de madera. Era la primera vez que permanecía tanto tiempo en una casa, después de andar trotando de aquí para allá. Fuera empezaba un nuevo día y presentía que también algo nuevo nacía en su interior.

Escuchó los primeros cantos de los pájaros y el rumor de las hojas movidas por el viento. Sonrió al ver su mochila de viaje. Era pequeña y ligera. Con el tiempo había entendido el consejo de su madre. Lo recordaba con cariño y agradecimiento. Por lo pronto, no tenía pensado volver a cabalgar y quería permanecer allí un largo tiempo. Las últimas semillas que le quedaban las había sembrado a la entrada de la casa y un bonito jardín, muy parecido al de su infancia, empezaba a tomar forma.

Unos golpes en la puerta la despertaron de la modorra matutina. Abrió la puerta y se encontró con un hombre alto y atractivo. Había algo en él que le resultaba familiar.

—Hola Waldorin, ¿cómo están tus botas rojas?

Entonces le reconoció. Jam Ab Dul la había encontrado. Le invitó a pasar y al principio se sintieron extraños, pero pronto fueron recuperando aquella complicidad nacida en su pubertad. Jam Ab Dul le contó que su padre había fallecido recientemente y que ahora él era Ra-Ab Dul. En efecto, al escucharlo hablar rememoraba el temple y la sabiduría que había conocido en su padre.

Pasaron las siguientes cinco noches conversando y haciendo el amor. Ra-Ab Dul le confesó que él había mandado construir aquella casita de madera para ella, confiando en que la encontraría

allí y vivirían juntos. Después de aquellos preciosos días de romance, Ra-Ab Dul le dijo a Waldorin que debía embarcarse en una nueva aventura. Ella creyó que volvería a perderle, pues sabía que un buen guerrero —ahora convertido también en maestro— era fiel a su mandato, más incluso que a su amada. Ella había aprendido con el tiempo que la esposa de un guerrero debía ser paciente, dormir muchas noches sola y con cierto temor a que su amado quizá nunca volvería de su última peligrosa aventura. Por eso, le dijo:

—Quiero ir contigo.

—Waldorin, el viaje es peligroso y en tu estado...

—¿Qué estado? —le interrumpió.

—Debí decírtelo, pero temía que no creyeras lo que iba a contarte. Antes de fallecer, mi padre me inició en su sabiduría. Heredé gran parte de sus conocimientos de Maestro y me regaló un cofre dorado. Me contó que el cofre había pertenecido cientos de años antes a Lady Walloled, la iniciadora de nuestro pueblo. El cofre contenía una gran cantidad de instrumentos, pócimas y manuscritos. Unos botecillos de cristal con unos líquidos de colores llamaron mi atención. Mi padre me enseñó a cocinar una mixtura mágica creadora de vida. Hace tres noches vertí unas gotas de la poción en tu copa y pronto darás a luz a un bebé, hijo nuestro.

Waldorin esbozó una tímida sonrisa, con los ojos llenos de ilusión y asombro. Ra-Ab Dul la abrazó y permanecieron en un largo silencio armonioso.

—Iré igualmente —rompió el silencio Waldorin—. Un hijo proveniente de la ancestral magia de Lady Walloled está destinado a nacer y tener una vida memorable. No me pasará nada.

Waldorin, además de seguir tan tenaz como de chica, había ganado en intuición y confianza.

—Siendo así, pasaremos por el palacio del Rey para que nos case y nos dé sus bendiciones antes de seguir nuestro viaje.

A la mañana siguiente, salieron temprano montados en sendos

caballos. Después de tres días cabalgando, llegaron al palacio del Rey. Los soldados de la corte les recibieron con reverencias. Waldorin se dio cuenta de que el guerrero se había ganado la admiración y reconocimiento de sus compatriotas. Por su valentía en las batallas y también por su sabiduría y conocimientos de maestro. Ra-Abdul, al igual que su padre, sabía escuchar las dificultades de los demás y ayudarles a encontrar una solución.

Entraron en la sala principal del palacio, donde les esperaba el Rey sentado en su trono. A su lado estaba la Reina, tal como les habían anunciado los guardias reales. Waldorin se percató de que la silueta de la Reina le resultaba familiar, aunque parecía una niña más que una reina, al menos por sus dimensiones. Al llegar frente a ella, Waldorin reconoció aquella mujer pequeña: era su madre. La Reina se levantó y abrazó a su hija. Después, el Rey, dándole un beso en la mejilla, le dijo:

—Bienvenida a casa, hija.

Entonces Waldorin lo comprendió. Su padre era el Rey y nunca las había abandonado.

—Waldorin, querida hija, sé que he estado ausente todos estos años. Construir el Nuevo Mundo no es tarea sencilla y como hijo de Lady Walloled he sido fiel a mi destino. Ella me concibió para que reinara en estas tierras hasta entonces sin vida. Ella concibió también a Ra-Jamed. A mí me otorgó el deber de reinar sobre los hombres con justicia y compasión. Ra-Jamed llegó aquí para transmitir a los hombres la sabiduría y poderes que Lady Walloled había aprendido en sus anteriores vidas en otros universos lejanos. Esta joven creación que está por construir no está exenta de guerras y maldad, pero no solo podemos enfrentar esas amenazas con valientes guerreros. Ra-Abdul es la primera generación de guerreros sabios, los únicos que podrán gobernar el Nuevo Mundo con coraje y sabiduría. Hija, tú encarnas la madre exploradora que explicará a las próximas generaciones todos los secretos y rincones de este lugar, pues los has conocido bien.

En efecto, Waldorin conocía todos sus recovecos, o casi todos, y había ido sembrando sus semillas por doquier. Todos los paisajes estaban llenos de flores perfumadas que se utilizaban para decorar las mesas alrededor de las cuales se sentaban hombres, mujeres y niños a comer. La fragancia de aquellas flores no saciaba los estómagos de los hambrientos, pero llenaban sus corazones de amor y esperanza.

El Rey casó a los novios y les dio sus bendiciones. Waldorin decidió volver a la casita de madera y guardar reposo ante el inminente alumbramiento. Ra-Abdul marchó para atender sus expediciones.

Divisaba ya la casita de madera cuando su caballo blanco se desplomó en el suelo. Como pudo, lo llevó hasta la casa y entró a buscar agua y medicina para el animal. Al entrar, se encontró con una vieja sucia y desaliñada sentada en su sillón. Tenía el cofre dorado a su lado.

—¿Quién es usted? Ese cofre es sagrado y no debería haber entrado aquí sin permiso.

—Cálmate, Waldorin. Tú no me conoces, pero yo a ti sí. Este cofre es mío, aunque ahora esté en manos de tu esposo, como debe ser. Detrás de la casa hay algo para ti, un águila milenaria. Tu caballo no sobrevivirá, te ha acompañado ya durante mucho tiempo. Déjale marchar en paz. Tus próximos viajes los podrás emprender con mi ave, yo ya no estoy para aventuras. Es un animal fiel, fuerte y con una amplia visión. Podrás sobrevolar el Nuevo Mundo que estáis construyendo y avisar a tu guerrero sabio cuando veas que algún rincón o habitante está en apuros. También he venido a traerte más semillas para que sigas sembrando flores. Vuestros descendientes necesitarán su aroma para alimentar sus almas.

—Lady Walloled —suspiró Waldorin—, ¿A dónde irás sin tu águila ni tu cofre?

—Ya no los necesito. Voy a pasar el tiempo que me quede en

esta vida en aquellas montañas —señaló con el dedo por la ventana—. Allí tengo una choza de piedra. Cuando tu pelo se vuelva completamente blanco, de aquí a muchos años, ven hasta la choza. Estaré esperándote para darte la llave antes de marcharme.

—¿Y a dónde irás después?

—Lo sabrás cuando tú misma entregues la llave a la próxima moradora de la casa de piedra, deberás esperar aún mucho tiempo.

Lady Walloled se levantó con dificultad y se marchó. Waldorin pudo ver el pájaro por el ventanuco de la cocina. Estaba durmiendo. Se sentó en su sillón, cansada del viaje y los acontecimientos. Se dio cuenta de que era bien entrada la noche. Un silencio, comparable al que sintió Lady Walloled el primer día que pisó aquella tierra —antes de que todo empezara— la arropó. Se recostó en su sillón y todo lo que vino después estuvo lleno de dicha y aventuras durante el resto de su vida.

*A las mujeres que me habitan.
A los hombres que las acompañan.*

MILAGRO

ALMUDENA GARCÍA ESCOLANO

Lo que les voy a contar, claramente, no pudo haber ocurrido en cualquier país, ni en cualquier época. Pero sí pudo no haber ocurrido y, en ese caso, el devenir de la historia de la humanidad no se hubiese visto alterado. De hecho, me lo han contado como si de algo intrascendente se tratara: un cuento para niños, una anécdota de otro mundo.

Y ya verán cómo estaremos de acuerdo en que lo que pasó, teniendo en cuenta dónde y cuándo pasó, solo pudo vivirlo una mujer. Petra del Río fue la última descendiente de una saga de mujeres tan sencillas como extraordinarias.

Pero esta tierra nuestra tiende a banalizar lo heroico y a meterlo en el último cajón de la cocina, con las gomas elásticas, los tapones de corcho, los trozos de cuerda enroscados y demás zaran-dajas de «por si acaso». Esta tierra nuestra asistió al nacimiento de Petra con absoluto desinterés.

Se podría haber valorado que fuese la única hembra y última de 7 hermanos y que el día de su alumbramiento su madre se empeñase en rechazar la asistencia de cualquier persona autóctona o relacionada con la ciudad, lo que hizo que la partera resultase inexperta y precipitada. El hecho de que fuese 29 de febrero y hubiese caído una abundante nevada de tono rosado tampoco convirtió en

especial la llegada al mundo de la niña, que nació con el sello de la imperceptibilidad.

Ildefonso del Río y Manuela Trapero formaban una pareja impecable a la que sus vecinos miraban con el reajo que generan la tiña y la dependencia, ya que la harinera propiedad de la familia era un puntal imprescindible de la inestable economía local.

D. Ildefonso, siempre en movimiento para nada y resoplando como un esclavo. Dña. Manuela, discretamente disfrutona, fuente inagotable de amor para la familia y refugio de Petra. Los seis varones, bautizados en domingo con derroche de luz, cánticos y flores en la parroquia de S. Julián, puesta en escena de la forzada pleitesía del pueblo hacia la familia. Petra, recibiendo «un agüita» un jueves en la misa de siete.

A esta combinación de abundancia material y bienestar de corazón nuestro pueblo reaccionó con una envidia que al llegar a Petra se materializó en indiferencia. En el pueblo se habla de maldición o mal de ojo.

De ahí en adelante, la chiquilla tuvo que construir, mantener y reparar su propio camino, para lo cual nunca le faltó sostén económico ni amor de madre.

Para ella este hecho no era en absoluto dramático sino todo lo contrario. Iba creciendo tranquila, sin la carga de un protagonismo que rotatoriamente iban asumiendo sus hermanos, uno por inquieto, otro por estudioso, alguno por fanfarrón... Ella observaba, escuchaba, aprendía, comparaba y elegía sin que ello tuviese más repercusión que su propio enriquecimiento. Su continuo juego de escondite, las pequeñas travesuras, zancadillas, objetos desaparecidos y voces a media noche le suponían una diversión que fue forjando un carácter alegre y resistente.

Petra, transparente, se integraba en la vida según se lo iba marcando la edad, haciendo uso social solo de su nombre. A fuerza de no ser mirada dejó de ser vista y a fuerza de no ser vista se

volvió invisible. Invisible: que no puede ser percibido con la vista.

Se preguntarán entonces por qué la historia de Petra les está llegando de mi puño y letra. Por qué los lugareños la hacen circular sin querer darle la categoría de leyenda, que yo, sin dudar, le otorgo. Esto es, y lo siento si a alguien le molesta, porque Petra salvó a este pueblo del ridículo y del descreimiento. Los hechos fueron los que a continuación expondré.

Era tradición centenaria en el pueblo la instalación, el primer viernes de mes, de un mercado al lado de la muralla en el que se intentaba dar salida a los productos de agricultores, ganaderos y artesanos locales. Una forma tan débil como imprescindible de sostener una economía que ya entonces se tambaleaba con la entrada de mercancías de otras provincias y que actualmente perdura en forma de mercadillo semanal, uno más de los que recorren la geografía de nuestro país.

La familia Del Río permaneció algo distante de este acontecimiento, vinculándose a la localidad con la aportación de su harina para el obrador, pero dentro de la independencia económica que le proporcionaba el discreto movimiento de exportación de su producto que había iniciado recientemente.

La hazaña que me hace traer la historia de la joven Del Río a los ojos y oídos de ustedes tuvo lugar con motivo de uno de esos mercados que, en esa ocasión, al ser tiempo de cosecha y vendimia se hizo coincidir con una gran fiesta popular que atrajese a forasteros llegados de todos los pueblos de los alrededores e incluso de la ciudad cabeza de partido. Además, se movió en el calendario la fiesta del patronal de San Julián y se organizó una procesión con boato extraordinario que contaría con la presencia del arzobispo.

Petra vivía estas situaciones con regocijo y con el relax añadido de no tener que estrenar vestido, ni zapatos y de no tener que soportar toquecitos en la cabeza ni los «pero-que-mayor-está-la-niña» consabidos. Su condición de fantasma le permitía disfrutar, en

medio del ruido y del gentío, de observar y registrar todo aquello a lo que nadie prestaba atención.

La mañana del «nuevo San Julián» como se rebautizó a la festividad, Petra se levantó con el sol y cuando fue a buscar a su madre para la rutina del beso matutino encontró la puerta del dormitorio del matrimonio cerrada y no percibió al acercar la oreja a ella más que los ronquidos de D. Ildefonso. En ese momento, Petra sintió que la casa era suya y se dispuso a bucear en consolas y armarios en busca de todo y de nada, ejercicio este que la apasionaba y que le había llevado a descubrir algún que otro secreto familiar y a desempolvar historias nunca contadas a la hora de comer.

La bisabuela Dolores, jugadora experta de cartas que, con dos órdagos a la grande, salvó la harinera de dos bancarrotas letales.

La tía Inés, monja empresaria, cuyo arrojo repostero reconvirtió kilos de harina familiar enmohecida en los «Rosquillejos Santos» famosos en todo el país.

La tía Encarni, que tuvo un amante belga al que se le debe la introducción de unos nuevos sacos harineros de material inexpugnable para ratones y ratas.

Estas mujeres estaban en la esencia de su invisibilidad y en aquellos momentos furtivos se reconciliaba con ellas a través de los retratos, cartas y recuerdos medio ocultos en ellos cajones del aparador del salón.

Ya bien entrada la mañana, Petra devolvió los secretos a sus escondites, retornó en cuerpo transparente y alma caldeada al presente y, silenciosa, salió a la calle, que empezaba a vestirse de fiesta. Corriendo, se dirigió a la ermita del Santo, donde esperaba encontrar a las beatas vistiendo la cabeza de muñeco insertada en armazón de madera con los sagrados ropajes apolillados y el relicario que guardaba las uñas de San Julián (otra leyenda que merece su tiempo y su espacio).

El privilegio de poder ver al santo «desnudo» que solo

tenían integrantes de la cofradía era compartido por Petra y, lejos de restarle devoción por su parte, le hacía aún más merecedor de ella por sentirle semi invisible.

Pero en la ermita, lo único que encontró nuestra niña fue a la señora Rosa arrodillada llorando en silencio ante el altar vacío de la capilla de San Julián.

Rápida de intuición, Petra lo supo desde el primer momento, antes incluso de sentir sobre su hombro la mano del, ya también, incorpóreo santo. Ya no estaba sola y esta iba a ser su causa: San Julián sería por siempre el patrón del pueblo, aunque nadie pudiera verlo.

Rápida también para elaborar una estrategia ideó un argumento inmediato, ya iría desarrollándose sola la noticia. San Julián había sido «secuestrado» y los malhechores pedían el rescate en unas cantidades de harina que tendrían como destino algún almacén muy lejano.

Con la pluma que el párroco tenía abandonada en un tintero medio seco en la sacristía, Petra escribió esta nota, fingiendo letra poco alfabetizada, y la arrojó delante de la pobre señora Rosa que seguía postrada frente al santo ausente. La niña emitió un carraspeo que hizo a la mujer levantar la cabeza y en este movimiento descubrió el papel.

TENEMOS AL SANTO.

BOLVERÁ SI DEJAN LAS LLAVES DE LA ARINERA EN EL SAGRARIO.

Leído su contenido salió atropelladamente hacia la casa de la familia Del Río y por el camino fue adelantada por Petra y San Julián, decididos a dar el siguiente paso en el plan de liberación del santo patrón.

La pareja de invisibles entró en la cocina y la niña saludó a su

madre con el beso de cada mañana, que prolongó con un abrazo de esperanza. A los pocos minutos la señora Rosa llamaba a la puerta con la ansiedad de quien no puede admitir una negativa, con la fe de quien aún cree que el ser humano acepta, sin dudar, lo divino.

—Doña Manuela, mire, mire...

Sin buenos días ni explicaciones, le plantó el mensaje delante de la cara.

Petra, entre tanto, miraba la escena con la calma que solo la mano de un santo invisible en su hombro podía transmitirle.

—Doña Rosa... —y así, quedaba ascendida la hasta entonces «señora»—, esto es una desgracia para el pueblo y, por ende, para el negocio familiar. No sé si podremos ayudar...

Para entonces Petra y el santo ya estaban en el salón donde Don Ildefonso, agitado como de costumbre, cambiaba objetos de lugar sin sentido aparente, para caer desplomado finalmente en su sillón y entregarse así a una siesta improvisada.

Aprovechando esta circunstancia la niña fue sacando del aparador y colocando con ayuda de San Julián los recuerdos de las mujeres que tanto habían contribuido a la prosperidad de la harinera. La receta de los Rosquillejos Santos; las cartas de amor de la tía Encarni, en torpe pero ardoroso francés; el monedero de la bisabuela; daguerrotipos, cintas, pañuelos de encaje... todo un arsenal de pasado apuntando directo al corazón de D. Ildefonso.

Tuvo que carraspear Petra varias veces para hacer despertar a su padre y, una vez algo espabilado, le condujo con empujones apenas perceptibles hasta la mesa donde se hallaba el legado de sus antepasadas. El tiempo se paró en ese paréntesis de amor y reconocimiento a las salvadoras silenciosas de la prosperidad familiar. Los objetos hablaron, cantaron la canción de la nutrición generosa de las propias raíces y acariciaron el alma del harinero, que se fundió en la memoria familiar felizmente olvidado de sí mismo.

En este estado le encontró su esposa cuando, alarmada por el

chantaje, se dirigió a él seguida por la señora Rosa. El santo apretaba la mano de Petra esperando el único desenlace aceptable para los no vistos.

—Mira, Ildefonso, no sé qué pensar de todo esto... —y Doña Manuela era sincera.

El empresario leyó la misiva hasta cuatro veces y cuando consiguió entender su contenido, sintió que no podía dejar que le arrebataran su herencia y, con ella, el esfuerzo de las mujeres Del Río ocultas en un cajón. Negó rotundamente:

—Ni hablar. Nos quedaremos sin procesión, pero la harina no se toca.

Y así fue como el pueblo se quedó compuesto y sin santo por la lealtad de Don Ildefonso a sus orígenes y «su egoísmo» según las peores lenguas.

San Julián recuperó su sagrada dignidad volviendo a un imaginario celestial sin cartón, madera ni telas viejas. Y sin esas uñas de sacristán repugnantes.

Petra se hizo visible al cumplir 15 años en una puesta de largo el verdadero día del patrón, con fiesta y panes para todos. Que más bien parecía procesión paseando a una virgen luminosa y alegre.

Pero muchos viejos hablan de una «señorita Petra, la de la harinera, rancia y consentida por su madre, sin amigas, encerrada en casa. Mejor así, que con tanta envidia que la tenían... Eso hasta que llegó la hambruna y Don Ildefonso sacó harina para todos. Nos salvó a muchos, ya enfermos de hambre.

Y fue al poco cuando la señorita Petra empezó a salir tan contenta. Y después se fue a Francia... Y allí está enterrada por lo visto, en el convento de Saint Julien en Genevois».

*Dedicado a quienes buscan y encuentran tiempo
para contar buenos cuentos.*

¡FUEGO!

IGNASI CORELLA

FUEGO ¡Fuego! ¡Fuego! ¡Se quemaba la casa de Sígnea! Llovía lava ardiente y humeante, el viento era huracanado y el aire irrespirable. Cada dos por tres se creaban veloces remolinos que lo barrían todo a su paso. Subía la temperatura hasta fundir el asfalto de la calle y el hierro de las farolas. Poco a poco, el fuego se extendía al resto de las casas del pueblo de Sígnea: Chin Pum. Sígnea, a pesar de aquel desastre, se tomó su café finlandés sentado en su silla de caoba colombiana y se disponía a ir al bosque a cortar leña, como cada día. Llamó a su perro Jack:

—¡Jack! ¡Jack! ¡Ven! ¡Nos vamos al bosque! —pero no aparecía.

Jack era un mil leches de tamaño medio que Sígnea había salvado de una muerte segura años atrás, cuando evitó que cruzase la autopista interestatal de siete carriles sin mirar. Desde entonces se hicieron inseparables. Allí donde iba Sígnea, iba Jack, y al revés. A veces se cruzaban. Volvió a llamarlo:

—¡Jack! ¡Jack! —no contestaba.

El fuego se había comido ya la casa entera de Sígnea y la mitad del vecindario. Sin embargo, todavía quedaba en pie la casa de los Morgan. Los Morgan eran una familia de origen indeterminado con los que Sígnea compartía barbacoas todos los domingos. Eran tan buenas, que Sígnea hacía tiempo que había dejado de comer

entre semana, así, cuando llegaba el domingo, disfrutaba como un enano. La bola de fuego alcanzaba ya dimensiones apocalípticas y lo peor es que Jack seguía sin aparecer. Aun así, Sígñia partió hacia el bosque. Al poco de llegar, se fijó en una bonita Secuoya. Era gigantesca, altísima. Sígñia sacó la navaja y empezó a talar a conciencia. Al cabo de diez horas, Sígñia había conseguido cortar ya un buen trozo de la corteza. Viendo todo lo que había avanzado, decidió dedicar algo de tiempo para buscar a su perro:

—¡Jack! ¡Jack! —volvió a llamar. Pero no hubo respuesta.

Quedaban pocas horas de luz y Sígñia se apresuró a andar por todo el bosque llamando a Jack:

—¡Jack! ¡Jack!

En ese preciso momento, Sígñia escuchó una música preciosa. No dudó en ir hacia la dirección de donde procedía. La excursión lo llevó a un lago enorme, tan grande que no llegaba a divisar la otra orilla. Parecía que la música procedía del centro del lago. Sin pensarlo mucho, Sígñia empezó a andar, entrando en el lago con el abrigo puesto y sin quitarse las botas de montar a caballo que Jack le había regalado tiempo atrás. Se acordaba de ese día como si fuese ayer. Entraron a unos grandes almacenes, después de asistir a la barbacoa de los Morgan. Sígñia estaba algo mareado por las curvas que habían tenido que tomar para llegar hasta allí. Decidió sentarse a descansar en un Caballito de monedas que encontraron. Jack le quiso hacer una broma y le echó triple ración de monedas, lo que provocó que el Caballito cabalgase el triple de rápido de lo normal. Sígñia empezó a maldecir a Jack:

—Pero, ¿qué haces?! ¡Estás loco! ¡Me vas a matar!

Después de un buen rato, el Caballito paró. Sígñia se encontraba peor que antes, aún más mareado y encima le dolía todo el cuerpo. Jack no podía parar de reír. Sígñia estaba muy enfadado, fuera de sí. Entonces, arrancó el Caballito del soporte, le echó cinco raciones de monedas y empezó a perseguir a Jack por todo el

centro comercial. La gente se apartaba como podía. Atropellaron a un gato y tres cucarachas, ¡nada les detenía! En una maniobra magistral, Sígñia acorraló a Jack en una esquina, en la entrada de la tienda de Ultramarinos.

—¡Jack! ¡Vas a pagar por lo que has hecho! ¡Hace años que voy sin zapatos, y tú ahora me vas a comprar las mejores botas de este centro comercial!

Jack bajó la mirada y no dijo nada, avergonzado. Fueron a la tienda de zapatos. En el escaparate destacaban especialmente unas botas de piel de cocodrilo. Eran preciosas, relucientes y carísimas.

—¡Esas! ¡Esas quiero! —gritó Sígñia.

Jack no tuvo más remedio que comprárselas. Se gastó todos sus ahorros, conseguidos gracias a comer solo los domingos en la barbacoa de los Morgan. Desde ese día, Sígñia las llevó siempre puestas: en la cama, en la ducha y, por supuesto, las llevaba puestas cuando iba a montar al Caballito de monedas del centro comercial, en secreto, religiosamente todos los lunes por la mañana, muy temprano, antes de que abriesen. Sígñia conocía al guardia de seguridad, Tomás, que era un hombre de mediana edad, con un gran sentido del humor y marcadas tendencias suicidas.

—¡Tomás! ¡Tomás! ¡Déjame entrar, que es la hora! —le decía cada lunes desde la puerta de entrada. Y allí se pasaba horas y horas, montando a Caballito.

Sígñia se disponía a entrar al lago. Al primer contacto de sus botas con el agua, notó que ésta estaba a una temperatura exquisita. Cuando le llegaba al ombligo, pasó algo extraño y extraordinario: Empezó a notar un leve cosquilleo en los pies. Este fue aumentando progresivamente de intensidad. El cosquilleo pasó a convertirse en una presión cada vez más fuerte, hasta que el dolor en su dedo pequeño se hizo insoportable. Sígñia se agachó y se las quitó, ¡entonces las botas empezaron a moverse por sí solas! ¡Empezaron a nadar! Poco a poco, el cosido de la piel se fue deshilachando,

permitiendo que la piel se estirase hasta tomar la forma de un cocodrilo, bueno, de dos. Uno era zurdo y el otro diestro.

—¡Pon los pies encima de nosotros, Sígna! Te llevaremos al origen de la música.

Con gran dificultad, Sígna puso un pie encima de cada cocodrilo que empezaron a nadar cada vez más deprisa, moviendo sus musculosas colas de derecha a izquierda y al revés, uno, y de izquierda a derecha y al revés, el otro. ¡Iban muy deprisa! Cuando llegaron al centro del lago, la música sonaba ya mucho más clara. —¡Coge aire Sígna! —le dijo el cocodrilo diestro.

Sígna inspiró profundamente:

—¡Vamos! —dijo.

Los tres se sumergieron y empezaron a bajar y a bajar sin parar. Sígna estaba alucinando, casi no podía ver nada por la tremenda fuerza con la que el agua presionaba sus ojos. Pero tenía un problema mayor: ¡se estaba quedando sin aire! —¡Basta! ¡Basta! ¡Subid! ¡Me ahogo! —gritaba a pleno pulmón.

De repente, los cocodrilos se frenaron. Apartaron los pies de Sígna y le hicieron el boca a boca. Con el aire renovado, Sígna fue capaz de mirar a su alrededor con tranquilidad. Estaban en el fondo del lago. Extrañamente había mucha luz, que Sígna no llegaba a entender de dónde provenía. También había muchas algas por todas partes, eran de muchos colores: rojas, verdes, azules, blancas... A su derecha había lo que parecía una cúpula gigantesca. A un lado de la misma había una compuerta. Por allí entró. Ahora la música se oía a un volumen atronador. Anduvo y anduvo, y poco a poco se le fue secando la ropa. Llegó a una estancia muy lujosa, con suelo de mármol y tapices hechos a mano en las paredes. ¡En el centro de la sala había una orquesta tocando! Y los músicos eran... ¡todos sus vecinos! Estaban los Morgan, por supuesto. Siguió mirando y no pudo creer lo que sus ojos veían: ¡Jack estaba tocando la batería!

—¡Jack, Amigo! ¡Por fin te he encontrado!

Al verlo, Jack hizo un redoble espectacular y cerró la canción, tiró las baquetas y fue corriendo hacia Sígnea. Al encontrarse, se fundieron en un cariñoso y caluroso abrazo. Toda la orquesta empezó a aplaudir y a vitorear a los amigos. De repente, se oyeron unos ruidos en la cúpula. Alguien la estaba golpeando. Eran los cocodrilos. Con señas dijeron que el fuego seguía avanzando y que estaba ya arrasando el bosque. Max, el músico encargado de tocar el triángulo, dijo:

—¡Sé cómo podemos parar el fuego! Hay una compuerta secreta que, si la abrimos, soltaremos millones de litros del agua del lago y apagará el fuego. ¡Vamos! Os mostraré donde es.

Todos siguieron a Max el triangulista hasta la compuerta secreta. Juntos consiguieron abrirla y el agua empezó a salir a chorros hacia el bosque. Se formó un río impresionante, ¡cuatro veces más ancho que el Amazonas, y avanzaba a toda velocidad hacia el fuego! Pero poco a poco la corriente se hizo más débil hasta frenarse del todo.

—¡Algo va mal! —gritó Max, el triangulista.

Se podía ver el fuego en la lejanía y era vital apagarlo antes de que lo quemase todo. ¿Por qué se había detenido el agua? Sígnea tuvo una idea: Silbó con fuerza para llamar al Caballito del centro comercial, pero claro, sin monedas este no se movió ni un centímetro. Sígnea entonces llamó por teléfono a su amigo Tomás, el guardia de seguridad, y le pidió que echase 20 monedas al caballo. Así lo hizo, justo en el momento en que una esquina de la tienda de ultramarinos empezaba a arder. Él salió al galope, atravesando columnas de humo y fuego por doquier. Llegó hasta donde estaban los demás con la cola y las crines chamuscadas. Sígnea y Jack, sin dudarlo, se subieron al Caballito y partieron a toda velocidad hacia el origen del bloqueo. ¡Era la Secuoya que Sígnea había empezado a cortar por la mañana! Esta había acabado cayendo, bloqueando así el paso del torrente del agua. Entonces, entre los tres, Sígnea

con la navaja, Jack con los dientes y Caballito con las pezuñas, hicieron un gran agujero en el tronco de la Secuoya, permitiendo así que el agua pasase a través. En poco tiempo el agua llegó hasta el fuego que dejó de devorarlo todo, extinguiéndose por completo. Desde ese día, todos los habitantes de Chin Pum vivieron felices y contentos, y sin faltar ni un solo domingo a las barbacoas de los Morgan.

*A Aníbal, un alma sabia, dulce y noble
que me acompañó parte de mi camino
y llenó mi vida de amor y alegría.*

SURCANDO EL CIELO

BELI LÓPEZ MARTÍNEZ

Había una vez una familia de águilas que vivían en el pico de una montaña. La familia estaba compuesta por papá y Mamá águila y tres aguiluchos, dos hembras y un macho. Al aguilucho macho lo llamaremos Pi.

Pi era el más pequeño y débil de los tres hermanos. Sus hermanas Alfa y Beta siempre eran las primeras en coger la comida de los picos de sus padres.

A Pi siempre le empujaban cuando se acercaba a por la comida, le apartaban y se burlaban de él.

El pobre Pi empezó a sentirse débil y triste. Intentaba acercarse a mamá águila pero siempre estaba alguna de sus hermanas al acecho para impedirse.

Mamá águila no se daba cuenta porque las aguiluchas disimulaban en su presencia haciendo que se preocupaban por él y que lo cuidaban, pero en cuanto apartaba la vista lo empujaban fuera del alcance del pico que les daba de comer. Así fue pasando el tiempo y Pi se quedó pequeño y siempre estaba triste. Entonces un día, especialmente Mamá águila, empezó a preocuparse.

—No sé qué le ocurre a Pi —le dijo un día a Papá águila—. Es muy raro, parece que no crece y las plumas no tienen brillo, está decaído y no parece que tenga entusiasmo de vivir.

Las hermanas se hicieron las disimuladas y dijeron las dos al unísono:

—Sí, es un aguilucho muy raro, nunca quiere jugar con nosotras y cuando le decimos que venga a comer no quiere.

Mamá águila decidió hacerse cargo de la situación y no le quitaba ojo de encima y comenzó por alimentarle a él primero y después de haberle alimentado les tocaba el turno a sus dos hermanas. Éstas le cogieron aún más ojeriza y no le perdonaban ni una. Al mínimo descuido de papá y mamá se metían con él, le daban con el pico en la cabeza, lo empujaban y no lo dejaban acercarse ni jugar con ellas.

Un día le empujaron tan fuerte que casi se cae del nido y cuando Papá águila se dio cuenta ellas le dijeron que era muy torpe, que si no hubiera sido por ellas se hubiera caído.

Con el paso del tiempo las dos aguiluchas lucían más grandes, fuertes y sus plumas eran lustrosas mientras que Pi, en comparación, aún parecía famélico, débil y sin brillo en sus plumas, aunque lentamente empezaba a mejorar.

Cuando llegó la época de enseñarles a volar el último en aprender fue Pi, por supuesto. Cuando él empezó a volar por fin, después de un arduo trabajo y empeño por parte de mamá y papá águila, sus dos hermanas hacía ya semanas que volaban y se burlaban de él diciéndole que nunca sería un águila de verdad...

—No sirves para nada, no podrás cazar y te morirás de hambre cuando tengas que valerte por ti mismo —le susurraban a escondidas de sus padres.

Por fin llegó el día en que Pi se lanzó a volar... bueno, más bien lo lanzó Mamá porque él estaba muerto de miedo. Cada vez que se ponía en el borde del nido y miraba hacia abajo, el pánico se apoderaba de él y en el último momento no se atrevía a lanzarse, así estuvo lo que para él fue una eternidad, al final Mamá águila decidió arriesgarse y lanzarlo fuera del nido.

En el momento en que Pi cayó, el corazón se le aceleró y casi perece del susto pero oyó la voz de mamá decirle a lo lejos:

—Mueve las alas Pi, muévelas, tú puedes volar, yo lo sé y tú también hijo. ¡Hazlo!

Y Pi lo hizo y lo que ocurrió a partir de entonces fue como un milagro para él, empezó a volar y se mantenía en el aire. Luego, cuando se sintió lo suficientemente seguro, empezó a jugar con el viento; ahora se mantenía meciéndose, luego planeaba; después bajaba en picado y volvía a subir y volaba veloz, luego paraba y vuelta a empezar. Le dio un subidón de felicidad y se sintió libre y dichoso como nunca antes. Ese día acabó exhausto pero tremendamente feliz. No paró de volar durante horas.

Después de unos días disfrutando de volar libremente a sus anchas, empezó a fijarse en lo que había debajo: las montañas, los árboles, las plantas, los animales y los seres humanos.

A partir de ese día su vida cambió y Pi también. Después le enseñaron a cazar y entonces la situación con sus hermanas fue diferente. Ellas le admiraban en secreto porque era veloz y valiente y se convirtió en un gran cazador, pero le odiaban abiertamente. A Pi ya no le importaba, se sentía libre y casi no las veía porque pasaba mucho tiempo volando libre y observando la vida de los otros seres vivos.

Un día que estaba descansando en la rama de un árbol se fijó en una linda muchachita de grandes ojos verdes y pelo castaño. Se la veía triste y le recordaba a él mismo cuando sufría los abusos de sus hermanas.

La muchacha se llamaba Gisela, vivía en una humilde cabaña en la ladera de una montaña. Vivía con su padre que cuidaba un rebaño de cabras y cuando Pi se dio cuenta de que no tenía mamá pensó que por eso igual estaba triste.

Empezó a visitarla cada día y cada vez se acercaba más a ella. Cuando Gisela se dio cuenta que había un águila que la seguía, al principio tuvo miedo, y los primeros días corrió a casa asustada,

después se dio cuenta de que el águila la observaba pacíficamente y nunca se acercaba a su rebaño de cabras, sólo la observaba a ella.

Gisela empezó a sentir cariño hacia la hermosa ave y cada vez la dejaba que se le acercara más. Poco a poco se fue formando un vínculo de amistad con el águila y la muchacha. Gisela se dio cuenta de que sólo con la mirada se entendían. Empezó a esperar las visitas de Pi con impaciencia, le contaba su vida en la casa con su padre y en la aldea con los vecinos.

Gisela le dijo a Pi que no era feliz, se sentía oprimida e incomprendida con la gente de la aldea. Se sentía «un bicho raro» porque así se lo hacían saber.

Gisela empezó a sentir que cada vez esperaba con ansiedad y alegría la llegada de Pi.

Un día que Gisela se sentía especialmente triste y deprimida, porque la habían agredido e insultado unos muchachos de la escuela, fue al encuentro de Pi y se sentó en la roca en la que lo esperaba siempre y, mientras estaba allí sentada, empezó a llorar desconsoladamente. Cuando Pi llegó a la hora de siempre se la encontró de esa guisa y le dio mucha pena verla así.

Ella empezó a hablarle entre sollozos diciéndole que no le gustaba su vida, ni la gente del pueblo. Que se sentía muy desdichada, que le gustaría mucho volar y sentirse libre como él. Que le envidiaba mucho y que daría lo que fuera por ser un águila y no una persona. Pi se sorprendió mucho al darse cuenta de que a él también le gustaría que ella fuese un águila y poder surcar el cielo juntos.

Gisela llegó a su casa esa noche bañada en llanto y su padre se asustó mucho al verla así.

—¿Qué te pasa hija? —le preguntó.

—No lo sé papá —le respondió Gisela—, no soy feliz y no me siento a gusto con la gente de la aldea, no me entienden y yo no los entiendo a ellos. El único amigo que tengo es un águila y es muy extraño porque siento que él es el único que me comprende y me ama

incondicionalmente, aparte de ti —y le miró con sus enormes ojos verdes y tistes y a su padre se le partió el alma.

El padre de Gisela, Álvaro, tenía una amiga chamana que vivía en una choza en el bosque, era una anciana sabia y solitaria que había sido la mejor amiga de la mujer de Álvaro, Nina. Se reunían, normalmente una vez por semana, y se contaban sus cuitas. Samanta, así se llamaba la anciana chamana, le aconsejaba sabiamente con dulzura y prudencia y además le curaba los males del cuerpo y los del espíritu.

Unos días después del episodio de Gisela, Álvaro fue a ver a Samanta y le contó los males de su hija.

—Me parte el alma Samanta ver a Gisela así, es una niña dulce, inteligente y bella pero no parece de este mundo y no es feliz, no se que hacer.

Samanta le pidió que le dijera a Gisela que fuera a verla.

A la semana siguiente Gisela se presentó en la choza de la sabia anciana, cuando Samanta la vio se dio cuenta de su sufrimiento y de lo mucho que le costaba mantenerse en este mundo.

Solo estoy aquí por Pi, le dijo Gisela, si no fuera por él, ya me habría ido, tal es el peso que siento de tener que vivir aquí. Sé que es triste para mi padre pero es como me siento y no sé qué hacer para remediarlo. Lo único que deseo es estar con Pi, y no sabes cómo me gustaría ser un águila, volar alto en el cielo y sentirme libre. Sé que no es posible pero es lo que deseo con todo mi corazón. Ten cuidado con lo que desees, pensó la chamana.

Samanta le hizo unos signos con las manos a Gisela y le dijo:

—Vete a casa a descansar y vuelve a visitarme mañana.

Esa noche Gisela soñó que era una hermosa águila blanca de ojos verdes y surcaba los cielos volando y jugando con Pi, se sentía libre y feliz.

A la mañana siguiente cuando se despertó parecía otra. Le brillaban los ojos, tenía un rubor en las mejillas y una permanente sonrisa en los labios y en la mirada.

Álvaro se asombró cuando vio a su hija preparando el desayuno y la miró a la cara: —No sé qué le diría Samanta pero parece que surtió efecto —pensó.

Por la tarde, después de estar con Pi y contarle su sueño, Gisela fue a ver a Samanta y se lo contó a ella.

—Sé que sólo es un sueño pero soy feliz, solo deseo que llegue la noche para volver a soñar lo mismo otra vez.

Así estuvo un tiempo, viendo a Pi por la tarde, visitando luego a Samanta y soñando que era un águila y surcaba los cielos en compañía de Pi.

Hasta que se le empezó a hacer insoportable despertar del sueño. Un día fue a ver a Samanta llorando:

—No puedo más, me siento muy triste cuando me despierto. No quiero hacerlo. Quiero seguir siendo un águila. Soy feliz siendo un águila y estando con Pi. ¿Qué puedo hacer Samanta?

La sabia anciana le preguntó:

—¿Estás completamente segura de que eso es lo que deseas? Piénsalo muy bien, con el corazón, antes de responder.

—Sí, Samanta, estoy completamente segura de ello.

—¿Y qué hay de tu padre?

—Lo siento mucho por él pero no lo abandonaría, iría a visitarlo a menudo, aunque no fuera lo mismo, seguiría siendo yo y amándolo igual.

—¡Que así sea! —dijo la anciana. Le dio un beso un fuerte abrazo y se despidió de Gisela haciendo unos extraños signos con las manos—. Vete a dormir mi niña mañana será otro día.

Esa noche Gisela volvió a soñar que era un águila majestuosa y volaba con Pi. Por la mañana cuando se despertó se sorprendió de ver los objetos de su habitación de manera diferente, al principio no entendió pero al mirarse los brazos se dio cuenta de que eran alas con plumas blancas, estuvo unos minutos confundida pensando que aún estaba soñando, pero al hacer un movimiento con las alas levan-

tó el vuelo. Entonces comprendió que su deseo se había cumplido. Se sintió feliz y fue en busca de su padre al que encontró en la cocina tomando un café. Álvaro se quedó muy sorprendido al encontrarse en su casa una hermosa águila blanca pero cuando vio los ojos verdes del águila comprendió. Dos lágrimas rodaron por sus mejillas, miró a Gisela y le dijo:

—Ve, hija, sé libre y que Dios te bendiga. Deseo que seas feliz.

Pasado un tiempo, una mañana de primavera Álvaro salió de su casa y se encontró en el olmo del jardín a dos hermosas águilas que le mostraban dos lindos aguiluchos. Álvaro sonrió feliz y los saludó con amor, aunque no pudo evitar un llanto silencioso.

A partir de ese día la familia de águilas venían a visitarlo a menudo, se convirtió en una costumbre reunirse semanalmente, Álvaro, Samanta y la familia de águilas. Cada año les traían a los nuevos polluelos hasta que crecían, aprendían a volar y vivían por su cuenta.

Gisela y Pi no dejaron de visitar a Álvaro hasta que dejaron esta vida, primero se fue Gisela y Pi siguió visitando a Álvaro hasta que este murió anciano un invierno muy frío. Aún así Pi siguió sobrevolando la casa hasta que le tocó el turno de irse él.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

ROSA Y AMARILLO

MARTA ARROYO

ROSA

inco segundos y ya sabía con todo su ser que ese castillo en medio de sus tierras habría sido un buen lugar hace tiempo cuando partió con su blanco corcel atravesando los campos de trigo durante el verano y los de fresas durante la primavera. Sin embargo ahora lo percibía como un lugar de paso; una estación cálida y confortable, sí, cuyas gentes amables trabajaban la tierra y los animales pero, ¿y si alguien desapareciera de ese sistema? ¿Y si se esfumara? Desde luego, nunca sería igual, pero ¿acaso alguna cosa viva permanece igual?

Regresó al río del puente y con la ayuda de su leal escudero, deslizó su piragua. Desde allí se despidió de su reino y se dejó llevar. Se sintió liviana y su ruiñón cantó de nuevo. Atravesó algunos rápidos más o menos complicados hasta que llegó a un lago amplio, rodeado de plantas enormes, cubiertas por enredaderas. El arrullo suave del viento meciendo las hojas y la superficie del agua era estremecedor e invitaba a una serena respiración. Muy en el fondo, esa incertidumbre vital la reconfortaba, como si sentirse pequeña y vulnerable la fortaleciera: notaba formar parte de algo mayor que la protegía y la resguardaba... como cuando dormía bajo las estrellas sobre la hierba. ¿Acaso sería la vida más fácil sin empeñarse en algo...?

AMARILLO

Se llamaba Amarillo, como los campos de trigo que su madre recordaba de su infancia en aquel pueblo de Soria, tiempo antes de emigrar al Nuevo Mundo. En pleno verano las espigas doradas llenaban el horizonte de los campos de labor, Amarillo. Y su hijo, moreno como la canela, era dulce como la miel, Amarillo.

Amarillo latía con la selva. EL humo de las fogatas, el vuelo de las aves, el tintineo de las campanillas del chamán de su pueblo, las líneas del agua ensangrentada del ritual premonitorio... todo, absolutamente todo, le había llamado a pesar de la soledad y del vacío, le había llevado hasta allí en ese momento. Estaba contento: el frescor de los helechos lo sumieron en una profunda y festiva serenidad. Sintió su corazón amplio y fresco como el lago e hizo lo que su arco le pedía. Y aquella flecha impregnada cortó el tiempo el día D a la hora H.

iiiTZAAG!!

Algo en el muslo le hizo gritar de dolor, un terrible alarido, una quemadura profunda, como metálica. Quiso moverse, pero no pudo y al ladearse cayó como un plomo al fondo del lago, ¡Dios mío Socorroooo! Amarillo se asustó al oír el grito y la zambullida del caimán que se lanzó a la piragua como un resorte. «¿Ves cómo estás mejor quietecito? ¿Por qué tenías que salir al lago?» —repetía su abuela en su cabeza, mientras él apuñalaba al caimán y cargaba con mi cuerpo paralizado fuera del agua lo antes posible. Yo estaba hecha un espantapájaros y Amarillo asustado y pálido como la harina.

Me llevó a su tienda y se quedó profundamente dormido. Le despertaban unas terribles pesadillas y se calmaba al mirarme a su lado y acariciarme o tomar mi mano en una eterna noche de tres

días. Lloró conmigo, me alimentó, me cuidó y poco a poco pude moverme y ayudarlo a construir un hogar en esta tierra nueva a base de miradas, latidos, abrazos, pasión, risas y ternura.

Y así comenzó la maravillosa danza entre Rosa Y Amarillo.

«AHORA TE TOCA A TI»

Ahora es tu momento, ahora te toca a ti escribir el cuento de tu vida. Te proponemos que uses las siguientes páginas para escribir tus recuerdos. No es necesario que profundices mucho, ni que te crees un problema porque quieras contar tus memorias, que ocupan seis volúmenes; no es eso. Recordar nuestro pasado, al fin y al cabo, es fabular, porque nunca sabremos si pasó de esa forma como lo recordamos, o fue de la manera como lo recuerda tu hermano o hermana, por ejemplo. Las cosas que recordamos son tan importantes como las que no recordamos, pero nuestro inconsciente nos sirve aquellas que, por alguna misteriosa razón, necesitamos recordar. Así que no le des muchas vueltas, y haz un esquema de aquello de lo que te acuerdes y escríbelo aquí. Cuando hayas acabado vete a la otra parte, unas páginas más adelante, y sigue las instrucciones.

«ÉRASE TU VEZ»

Ya has terminado tus sucintas memorias, ahora te toca transformarlas en cuento maravilloso, ese que en el folklore nórdico se conoce como cuento de hadas. Revisa las partes más importantes, los personajes que aparecen, las situaciones, y ve transformándolas en un cuento, en una historia tan especial que te encantará contársela a tus hijos, hijas, sobrinos, sobrinas, vecinos, alumnos...

Tú eres el o la protagonista. Te pongo un ejemplo. En tus memorias ponías: «Nací en un pueblo muy pequeño y me pasaba el día jugando en la huerta con mis hermanas, nos gustaba comer nos el agrillo que crecía en primavera bajo los limoneros. Un día mi padre nos dijo que teníamos que irnos a otra ciudad porque lo trasladaban en su trabajo...»

Transformado a cuento podría ser: «Llegó el día señalado por las hadas del bosque en su famosa predicción: nacería una niña de grandes ojos y cabello brillante. Y nació [aquí pones un nombre de resonancias principescas]. Cuando su madre la vio, lloró de alegría [cuidado con las erratas, no vayas a poner 'alergia', que entonces el cuento sería muy diferente], sus hermanas saltaban de contento a su alrededor y se peleaban por jugar con ella. Cuando creció, le encantaba ir al bosque a jugar bajo los árboles cargados de frutos amarillos mientras masticaba la hierba de la felicidad...». Esto es un ejemplo. Ahora te toca a ti. Y que no se te olvide ponerle un título bonito. Érase tu vez.

Esta primera edición de *El Vuelo Sereno y otros cuentos*
se acabó de imprimir y encuadernar
en noviembre de 2023.

El taller *Érase tu vez* se imparte regularmente. Si tienes
interés en participar, puedes mirar fechas y lugares donde
se realiza en la página web

www.espacioparacontar.com

En este volumen decimoséptimo se han recogido los cuentos escritos por: Almudena García Escolano, Ana López Ceniza, Ana María Peña, Avelina López, Ignasi Corella, Marta Arroyo y Oscar Sánchez-Moncayo.

Se realizaron en el taller «Érase tu vez» los días 21, 22 y 23 de julio de 2023 en Can Benet Vives, Barcelona.

www.espacioparacontar.com

ISBN: 978-84-126443-5-7



978-84-126443-5-7